

LA PLATA BAJO LA MIRADA SARMIENTINA: DE LA CENSURA ACRE A LA “CIUDAD IDEAL”

Julio Angel Morosi -jmorosi@netverk.com.ar-

Resumen

Es bien conocida la predilección de Sarmiento por los temas de arquitectura y de urbanismo. Por ello se torna natural que el más importante hecho a que se haya asistido en el país en este campo, el planeamiento y la construcción de la ciudad de La Plata, haya despertado gran interés en el prócer sanjuanino. Su inteligencia y fina capacidad de análisis lo condujeron a señalar que el modelo urbano utilizado en La Plata significaba el abandono del clásico esquema urbano indiano y la introducción, por primera vez entre nosotros, del moderno paradigma de la ciudad progresista, la ciudad higiénica.

Palabras clave: Domingo Faustino Sarmiento - La Plata - modelo urbano.

En un interesante trabajo, Gustavo Brandariz profundiza acerca de las variadas y múltiples relaciones que ligan la figura de Domingo Faustino Sarmiento con diversas facetas de la arquitectura y del urbanismo (Brandariz, 1992). Verificados el extraordinario interés y la predilección de este gran personaje de la cultura nacional por las citadas disciplinas, así como la amplitud y riqueza de dichas relaciones, se justifica y se torna natural que la reacción de Sarmiento, ante el hecho urbanístico y arquitectónico prefigurado más importante a que se haya asistido en la Argentina, la creación y erección de La Plata, la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, haya sido tan intensa, apasionada y hasta contradictoria.

En efecto, las opiniones de Sarmiento acerca de la creación de La Plata y en relación a los valores de la nueva ciudad, despertaron gran interés y polémica en su época. Por otra parte, la posición del ilustre sanjuanino variaría desde el áspero rechazo inicial (Anexo I) hasta la aceptación más completa y entusiasta que sería expresada tres años más tarde (Anexo II).

Tempranamente, en 1932, en ocasión del cincuentenario de la fundación de La Plata, el profesor del viejo Colegio Nacional y poeta Rafael Alberto Arrieta escribió en *“La Prensa”* un primer e interesante artículo sobre el tema (Arrieta, 1932). Algunos años más tarde el mismo autor volvería sobre el particular (Arrieta, 1935). Posteriormente se ocupó de la cuestión nuestro recordado profesor de Historia del mismo Colegio, Carlos Heras (Heras, 1938) (Heras, 1939). Más recientemente el tema ha atraído la atención, por ejemplo, de Ricardo Soler (Soler, 1982).

En lo que sigue hemos de reexaminar la cuestión a la luz de un enfoque vinculado a los puntos de vista arquitectónico y urbanístico.

Apenas conocida la decisión del gobierno de

Dardo Rocha de emplazar la nueva capital bonaerense en las *“Lomas de la Ensenada”*, Sarmiento reaccionó con rapidez y contundencia mediante un artículo inserto en *“El Nacional”* el 26 de abril de 1882 y titulado *“La Capital. Leyes de Formación”* (Anexo I).

En el mismo, Sarmiento muestra descreer de la capacidad del gobierno de Rocha para llevar adelante su ambicioso proyecto: *“... Ni a Tolosa, ni a la Ensenada, ocurrirá población por orden de la Legislatura de Buenos Aires, simplemente, porque en cuatro siglos de descubierto aquel puerto, y diez años después de estar dotado de ferrocarril, no ha podido reunir siete mil habitantes, según el reciente censo ...”*. Apoya su razonamiento en una idea aceptada en forma casi unánime en la época: *“... La razón de ser de las ciudades no se fija a priori ...”*. Las ciudades y su crecimiento resultan de las condiciones naturales y geográficas de su emplazamiento.

Sarmiento concluye esta etapa de su argumentación con un lapidario: *“...El puerto no será puerto, porque no se va por allí a ninguna parte, si no es a esta ciudad de Buenos Aires; y la capital de Tolosa será una fruta pasmada, o un niño atrofiado desde su nacimiento ...”*. Sarmiento destaca que el puerto proyectado no cuenta con un hinterland propio y advierte acerca de la excesiva proximidad con Buenos Aires.

Además remata con una frase que parece reflejar la idea de que Rocha secretamente aspiraría a convertir a su nueva capital en la capital de la nación: *“...El pensamiento dominante en el proyecto de capital marítima, es crear una Nación, en lugar de dar cabecera a una Provincia ...”*.

Sarmiento no cesa en su argumentación. En un nuevo apartado de su artículo sostiene: *“... Ningún gobierno moderno ha formado o escogido capitales para hacer grandes ciudades. Las ciudades grandes existían y las dejaron donde*

estaban. Otras grandes ciudades han surgido donde nadie se imaginaba; y las aldeas capitales administrativas, si han llegado a ser ciudades es porque el país se mueve, se enriquece y las arrastra en su movimiento ...”.

Cita dos ejemplos que le eran familiares a través de sus viajes: Washington y Madrid e insiste: “...Cuando maduran las ciudades se busca en el clima, la hidrografía, o la historia geográfica comercial, el origen de su grandeza ...”.

Luego Sarmiento se ocupa del proceso mediante el que se aprobó la creación de la nueva capital y critica los aspectos políticos del mismo. Sugiere que lo que llama “...la capital verdadera...” debiera ser seleccionada por una convención de delegados de todos los partidos de la provincia. Concluye su aporte del siguiente modo: “...Con el propósito de abrir otros horizontes a nuestros legisladores republicanos publicamos sin comentarios, el preámbulo de una ley de reconocimiento de un nuevo Estado, dada por el Congreso Norte Americano...” (Sarmiento, 1882^a).

Tras esa temprana y doctrinaria intervención, cuya línea es totalmente coincidente con las ideas reinantes en la época acerca del tema de creación de las grandes ciudades, lo importante es advertir que Sarmiento seguiría el proceso del proyecto de la nueva capital con gran atención y que, a medida que avanzaba, su actitud hacia el mismo se iría tomando más conciliatoria.

Prueba de ello es el artículo que publicó en “*El Nacional*” el 7 de noviembre de 1882, un par de semanas antes del acto de colocación de la piedra fundamental. Dicho artículo revela que ya conocía el plano fundacional de La Plata y en el mismo encomia el proyecto original del Parque de La Plata, ejecutado por el paisajista francés Fernando Mauduit, a quien Sarmiento ya había confiado, años antes, el diseño de las primeras etapas del Parque de Palermo (Morosi, 2004a). Escribe Sarmiento: “... Hemos visto un hermoso plano para un Bois de Boulogne, adherente á la Capital de la Provincia en los altos que dominan la Ensenada y sobre los terrenos que pertenecieron al finado Iraola ...” (Sarmiento, 1882b).

Sarmiento no habría de asistir a la ceremonia de fundación de La Plata, aunque significativamente prestó su conformidad, en otro gesto conciliatorio, a que se incorporase su retrato a la oleografía que Rocha hiciera preparar en Milán, con los personajes presentes en dicha ceremonia (Heras, 1939:9) (Prado, 1961). Un gesto similar se vio reiterado mediante un artículo que publicó en “*El Nacional*”, un par de días después

de la ceremonia, el 21 de noviembre de 1882. En ese artículo, en el que se ocupa brevemente del acto fundacional, aunque insiste en señalar su descreimiento en la gesta así iniciada, advierte que “... no le auguraba ni bien ni mal ...” a la nueva ciudad (Sarmiento, 1882c) (Heras, 1939:9).

Como sabemos, la construcción de La Plata fue iniciada a ritmo febril, lo que permitiría que, cuando Sarmiento la visitara por primera vez, diecinueve meses más tarde, el 25 de junio de 1884, se viera grata y grandemente sorprendido por el avance logrado. La ciudad había alcanzado los 25.000 habitantes, las autoridades provinciales se habían instalado en la nueva capital, y eran encabezadas por el sucesor de Rocha, Carlos D’Amico. En tanto la construcción de las obras públicas, como de las privadas, había avanzado notablemente. El ilustre visitante quedó maravillado ante este escenario y, en razón de su interés por la arquitectura, hasta trazó rápidos bocetos de algunos de los edificios públicos que acababan de habilitarse (Fig. 1).

Por esa época Sarmiento, que ya soportaba el peso de sus 73 años vividos intensamente, gestionaba ante el gobernador D’Amico un ambicioso proyecto que nunca habría de verse concretado. El mismo consistía en crear una estación balnearia y en fomentar la implantación de una serie de industrias en la zona de Junín, proyecto que Sarmiento acariciaba desde algunas décadas atrás. Con tal motivo y entusiasmado por lo observado en su visita a La Plata escribió a D’Amico que la idea de aquellos emprendimientos en Junín se veía plenamente justificada por “... la potencia activa del país, reflejada en el desarrollo de La Plata, pues lo edificado en un año en palacios y casas particulares excede a todo lo que la América Latina ha presenciado desde su emancipación ...” (Arrieta, 1932) (Heras, 1939).

Las palabras que acabamos de transcribir revelan que Sarmiento había quedado fuertemente impresionado por lo visto en la nueva capital bonaerense y que su actitud hacia la misma se había tomado mucho más positiva.

Sarmiento mantuvo una amigable relación y un activo intercambio epistolar con D’Amico, al que entrevistaría una vez más en su despacho el 7 de noviembre de 1884. En esa oportunidad reiteraría sus alabanzas ante el progreso sorprendente que se advertía en la nueva ciudad.

Lo observado lo había conducido, además, a interesarse por aspectos particulares del proceso de construcción de La Plata. Así, resulta factible que, cuando D’Amico encomendara al perito Francisco P. Moreno la organización de la cons-



Figura 1: Croquis de Sarmiento de la Legislatura de La Plata, que me ha sido facilitado por mi gran y dilecto amigo Carlos Albarracín Sarmiento, a quien mucho agradezco su gentileza.

trucción del Museo, Biblioteca y Archivo General de la nueva ciudad, Sarmiento haya aconsejado a su joven amigo Moreno recurrir, para la realización del proyecto, a los servicios del arquitecto sueco Henrik Åberg, quien acababa de resignar su cargo de arquitecto nacional. Debe recordarse que Sarmiento había incorporado al citado arquitecto a la Oficina de Ingenieros Nacionales y le había confiado, entre otras importantes obras, la construcción de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, institución de la que Moreno era miembro. También resulta significativo que Sarmiento asistiera y preparase un elogioso discurso inaugural de la primera parte del Museo platense, cumplida el 20 de julio de 1885 (Morosi, 2004b) (Sarmiento, 1885^a).

Dijo Sarmiento en su discurso: “... *El espíritu argentino ha venido desde la independencia atesorando nociones sobre edilidad, higiene, ornato y arquitectura civil, sin poder en sus antiguas ciudades hacerlas prácticas por falta de espacio, libre de construcciones. Vds. lo ven en La Plata: es una ciudad ideal, de amplitudes grandiosas, donde antes había estrecheces, dotada de palacios para cada función del organismo; pero plazas, estaciones, avenidas, capitolios, bancos, bibliotecas, tan vastos que se ve que no es para el presente que se construyeron, sino para una generación venidera y una gran ciudad presunta...*” (Sarmiento, 1885^a: 311).

Ya se refiere a La Plata como “*ciudad ideal*” y

ha reflexionado sobre la misma de modo que sus dudas y objeciones han sido dejadas totalmente de lado. Además, por esa fecha, mediados de 1885, Sarmiento, que se había retirado de la vida pública, se lanzó nuevamente a las lides políticas, combatiendo al candidato oficialista a la presidencia de la nación, Juárez Celman. Como la prensa juarista atacaba ferozmente la candidatura de Rocha y se ensañaba especialmente con su gran obra, La Plata, Sarmiento tuvo una razón más para empaparse del proceso de planeamiento y construcción de la nueva capital provincial y para analizar el mismo en profundidad, destacando los valores que representaba y descartando las muchas críticas injustas e inmerecidas que recibía a diario (Heras, 1939:11).

Su entusiasmo por la nueva ciudad le impulsó a observar cuidadosamente sus detalles. De tal modo, luego del acto inaugural de la primera parte del Museo, escribió a Moreno aconsejándole como debía podarse, a fin de que se mejorase su aspecto estético, el bosque de eucaliptos que alojaba a aquella obra. Acompañaba su misiva con una pintoresca maqueta ilustrativa de su propuesta (Sarmiento, 1885b: 366-369).

Para completar su visión y su información sobre La Plata concurrió nuevamente a la misma el 20 de octubre de 1885 y, en una cuidadosa visita recogió material para preparar un erudito y elogioso artículo acerca de los progresos e índole de la nueva ciudad. El mismo apareció

por primera vez en el periódico antijuarista *"El Debate"*, el 11 de noviembre de 1885, días antes del tercer aniversario de la ciudad. El artículo despertó gran interés y fue reproducido más tarde en diversos medios, entre otros *"El Nacional"* (Sarmiento, 1885c) (Anexo II).

En ese artículo preparado con esmero lo que resulta realmente importante es que Sarmiento, junto a sus elogios, señala por primera vez que, a través del proyecto y el plan urbanístico de La Plata, se había abandonado el rígido modelo de la ciudad indiana, ideal y normativo, el *"sueño de un orden"*, heredado de la prolongada tradición hispana (Morosi, 2003^a:12) (Morosi, 2003b). En efecto afirma Sarmiento: *"...Cuando hemos visitado La Plata por tercera vez, dos ideas nos han salido al encuentro como a darnos la bienvenida. La primera se refiere al plan de la ciudad, y es que la educación del pueblo argentino ha hecho progresos inmensos en estos treinta años que van desde la caída de Rosas. Los pueblos se aferran a su modo de ser y a sus antecedentes. Toda la América española está inmóvil en sus formas antiguas, con una que otra adopción y adaptación moderna..."* (Sarmiento, 1885c:165). Es que Sarmiento había advertido con claridad meridiana que el plan de La Plata significaba el abandono del tradicional modelo indiano. Agrega: *"...de la construcción de los tipos ideales, que se vienen formando y quebrando los moldes antiguos que nada de elásticos tienen la calle de la ley de Indias, en dameros, el cabildo y la cárcel en la plaza de armas, los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, la Merced, las Catalinas, etc., a una cuadra de distancia en todos los rumbos. Ahora la Escuela Superior y cuantas se puedan, destacadas como centinelas avanzadas para dar el ¡quién vive! a la barbarie; y la estación de ferrocarril, y el parque, etcétera..."* (Sarmiento, 1885c: 167). Explícitamente advierte la presencia del modelo progresista: *"... Pero denle espacio el espíritu moderno argentino, y os trazará como sobre el papel del ingeniero la ciudad futura..."* (Sarmiento, 1885c: 167). Al rematar su artículo lo refirma sin ambages: *"... Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ver lo que somos, y poder conjeturar lo que seremos cuando se acaben de derrochar las tierras públicas, ya que no podemos derrocarlas, dudaba de la fuerza vegetativa y de los progresos morales y sociales que hacemos para salir del molde colonial que en La Plata ha sido dejado para inventar habitantes con moradas modernas..."* (Sarmiento, 1885c:168-169). No sólo había percibido el abandono del rancio modelo indiano sino que celebraba que se hubiese adoptado el nuevo mode-

lo, esto es, el racional paradigma progresista de la ciudad higiénica (Morosi, 2003^a:12-13).

Es interesante señalar que, a quienes nos hemos ocupado de la historia urbanística de La Plata, nos llevó más de un siglo advertir y verificar cabalmente la verdad de esta intuición genial de Sarmiento.

Por otra parte resulta digno de observar que, como bien señala Heras, el artículo, a parte de la enorme repercusión que provocó en su tiempo, *"... desmentía la campaña de descrédito contra Rocha y con toda habilidad no hacía el elogio del fundador, pero al expresar su admiración por su obra más duradera, prestigiaba la capacidad de estadista negada injustamente por los adversarios..."* (Heras 1939:14).

También el gobernador D'Amico acogió con gratitud las alabanzas que Sarmiento dedicaba a la nueva capital provincial y, en señal de reconocimiento, le envió un ejemplar de la *Reseña* de Emilio R. Coni, que acababa de aparecer, acompañada por el álbum de fotografías de Tomás Bradley. Ambas obras registraban los últimos progresos de la ciudad y su puerto (Coni, 1885) (Bradley, 1885). Conmovido Sarmiento respondió agradeciendo el obsequio. Su respuesta, inserta como un suelto en *"El Nacional"* del 28 de noviembre de 1885, contiene un párrafo que revela que el entusiasmo del ilustre sanjuanino por la ciudad, que había llamado ideal, lo conduciría a decir: *"... A veces me viene la idea de irme a establecer allí, nada más por ser habitante de una ciudad que parece un rosal espléndido en primavera..."* (Heras, 1939:15).

A comienzos de 1886 ese deseo de Sarmiento pareció encaminarse a su realización. Por entonces su nieto Augusto Belin Sarmiento ocupaba el cargo de Bibliotecario del Museo, inició gestiones ante las autoridades provinciales para que cediesen a su abuelo un terreno en la nueva capital, en calidad de permuta por la fracción que años antes le había donado el Municipio de Chivilcoy. Esta última, en tanto Sarmiento residía en los Estados Unidos, había sido utilizada por el Ferrocarril provincial del Oeste para alzar, en parte de ella, la estación local.

Tras meses de gestiones se le donó *"una quinta de cuatro manzanas dentro del ejido de la ciudad"* de La Plata, la que Sarmiento rechazó ya que su propósito era el de radicarse en el casco urbano (Heras, 1939:17-19). Por fin se resolvió que el F. C. del Oeste indemnizaría a Sarmiento con la suma de veinte mil pesos. Éste emplearía finalmente dicha suma para la atención de la dolencia terminal que lo afectaba y para su radica-

ción en Paraguay, donde buscaría alivio a su mal (Heras, 1939:19).

Como bien señala Heras: "... De esta manera, si La Plata no tuvo el orgullo de contar a Sarmiento entre sus habitantes contribuyó en forma indirecta a aliviar sus penurias económicas en los últimos días de su vida y a que pudiera pasarlos con la holgura y decoro a que tenía derecho por haber consagrado su existencia al bien de la República ..." (Heras, 1939:19).

Sarmiento falleció pocos meses antes de que La Plata, a la que había llamado ciudad modelo, mereciera la consagración del mundo de entonces, que la premió con la medalla de oro de la Gran Exposición Universal de París, de 1889, como el ejemplo de la nueva ciudad progresista (Morosi, 1999:51-61). De tal modo no pudo tener la satisfacción de ver ratificada a nivel internacional su valiosa y elogiosa opinión sobre la nueva capital provincial que tanto admiraba.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIETA, Rafael Alberto, 1932: *La ciudad de La Plata vista por Sarmiento*. En: **La Prensa**, Buenos Aires, domingo 28 de agosto de 1932, sec. 2ª, p.4, c.1.
- ARRIETA, Rafael Alberto, 1935: *La ciudad del Bosque. Viñetas platenses*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. (Biblioteca Humanidades, tomo XVI), La Plata: 145-158.
- BRADLEY, Tomás, 1885: *Vistas de La Plata y obras del Puerto (agosto 1885)*. 2ª ed., s. I. Taller de Impresiones Oficiales.
- BRANDARIZ, Gustavo A., 1992: *Sarmiento y la arquitectura*. En: **Jornada 1992 "Sarmiento y su tiempo"**. Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento. 23 pp.
- CONI, Emilio R., 1885: *Reseña Estadística y Descriptiva de La Plata*. Establecimiento Tipográfico de La República, Buenos Aires.
- HERAS, Carlos, 1938: *La última campaña política de Sarmiento*. En: **Revista Humanidades**, tomo XXVI, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, La Plata: 107-129.
- HERAS, Carlos, 1939: *Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad*. Imprenta Municipal, La Plata.
- MOROSI, Julio A., 1999: *La Plata en la Exposición Universal de París de 1889*. En: **Ciudad de La Plata. Tres décadas de reflexiones acerca de un singular espacio urbano**. LINTA, La Plata: 51-61.
- MOROSI, Julio A., 2003ª: *La Plata: de la ciudad indiana a la ciudad higiénica*. En: **Anales LINTA 2002**, La Plata: 11-20.
- MOROSI, Julio A., 2003b: *La Plata: an advanced nineteenth century new town with ancient roots*. En: **Planning Perspectives**, vol. 18, nr. 1, January 2003: 33-44.
- MOROSI, Julio A., 2004ª: *La autoría del primer diseño del Parque de La Plata. Fernando Muidit, "el jardinero ilustrado"*. En: **Anales LINTA 2003**, La Plata: 103-107.
- MOROSI, Julio A., 2004b: *Los creadores del edificio del Museo de La Plata y su obra*. Fundación Museo de La Plata "Francisco P. Moreno" y LINTA, La Plata.
- PRADO, José María, 1961: *El espíritu conciliador de Dardo Rocha y la litografía de la fundación*. En: **El Día**, La Plata, 19 de noviembre de 1961, p. 40, c. 1.
- SARMIENTO, Domingo F., 1882ª: *La Capital. Leyes de Formación*. En: **Obras de ...**, Ed. Luz del Día, Buenos Aires {1954}, vol. XLI: 241-260. Publicado originalmente en "El Nacional", Buenos Aires, 26 de abril de 1882.
- SARMIENTO, Domingo F., 1882b: *El Parque de La Plata. Agricultura práctica, por Fernando Mauduit*. En: **Obras de ...**, Imprenta Mariano Moreno, Buenos Aires {1900}, vol. XLII: 92-96.
- SARMIENTO, Domingo F., 1882c: *Fundación de La Plata*. En: **Obras de ...**, Imprenta Mariano Moreno, Buenos Aires {1900}, vol. XLII: 101-102. Publicado originalmente en "El Nacional", Buenos Aires, 21 de noviembre de 1882.
- SARMIENTO, Domingo F., 1885ª: *El Museo La Plata. Discurso en la inauguración de una parte del Museo La Plata, 20 de julio de 1885*. En: **Obras de ...**, Imprenta Mariano Moreno, Buenos Aires {1899}, vol. XXII: 310-313.
- SARMIENTO, Domingo F., 1885b: *El Parque de La Plata (Misiva dirigida a Francisco P. Moreno)*. En: **Obras de ...**, Imprenta Mariano Moreno, Buenos Aires {1900}, vol. XLII: 366-369.
- SARMIENTO, Domingo F., 1885c: *La Plata*. En: **Obras de ...**, Universidad Nacional de La Matanza, San Justo {2001}, vol. XLII: 163-169. Publicado originalmente por "El Debate", Buenos Aires, 21 de noviembre de 1885.
- SOLER, Ricardo, 1982: *Cien años de vida platense*. Sociedad Impresora Platense, La Plata: 23-24.

ANEXO I

Extraído de SARMIENTO, Domingo F.: Obras Completas, {1954} Ed. Luz del Día. Buenos Aires. Vol. XLI: 241-260. Publicado originalmente en El Nacional, Abril 26 de 1882.

LA CAPITAL. LEYES DE FORMACION

i

La naturaleza y la sociedad obedecen en su desarrollo a leyes naturales, que no deben violarse, so pena de recibir terribles castigos.

Tememos y dijéramos casi esperamos, que la marcha que viene siguiendo el país hace años, de falsear las instituciones, las elecciones que renuevan los poderes o representan la voluntad del pueblo, para substituirle la voluntad de un hombre, o de un círculo, reciba su ejemplar castigo en época no muy lejana.

Supongamos que se gastan veinte millones en hacer un puerto excavado en la Ensenada, y que no lo frecuentan los deseados y esperados buques de alta mar. Supongamos que se edifica una calle de suntuosos edificios en Tolosa, como en Washington la avenida Pensilvania, (la única edificada en el siglo), y no haya habitantes que pueblen sus plazas desiertas y silenciosas, como las de Santa Fe, con cuatro siglos de existencia, sin comercio como la de San Isidro, etc., etc.

¿No será esto el legítimo castigo de la violación de todas las leyes, tanto naturales como sociales, a que se deberá la enorme e inútil inversión?

¿Por qué es la Legislatura antigua, adaptada a una Provincia nueva, la que hace estas inversiones, y no una Convención del nuevo pueblo, reunida para decirles, caballeros: dénse una capital según sus necesidades propias, sus recursos, etc.; pues que nosotros no fuimos electos en vista de esta nueva emergencia. Si yerran, yerran ustedes, en la elección, y nosotros nos lavamos las manos, porque no somos sus tutores?

Ni a Tolosa, ni a la Ensenada, ocurrirá población por orden de la Legislatura de Buenos Aires, simplemente, porque en cuatro siglos de descubierto aquel puerto, y diez años después de estar dotado de ferrocarril, no ha podido reunir siete mil habitantes, según el reciente censo; mientras en Azul, sin puerto, y recién ligado por ferrocarriles y sin comercio se han aglomerado 17.000 habitantes en menos de veinte años, después que Calfucurá tendía sus toldos de su poderosa tribu en las vecindades, o recorría la pampa con sus malones. Chivilcoy tiene triple población en menos tiempo, aunque la favorezca el grande y productivo ferrocarril del Oeste, que le da el ocho por ciento de utilidad, el del Sud nueve, mientras que el de la Ensenada da un uno y medio por ciento anual sobre sus capitales.

San Nicolás, tan bien situado a orillas del Paraná, tan de antiguo poblado, si tiene mayor población que los otros pueblos, no está en proporción de sus ventajas de ubicación.

No será fácil decir, porqué se agrupa la población en Arrecifes, aunque en Mercedes se comprenda que la agricultura va subdividiendo el terreno y atrayendo población.

II

CADMO NO FUNDÓ A ATENAS

La razón de ser de las ciudades no se fija a priori. Cuando se ve surgir Chicago, Búfalo, el Rosario, Pittsburg, en lugares que los vivos podemos decir que hemos conocido punto menos que desiertos, entonces se descubre que era allí donde se cruzaban caminos, donde se necesitaba un puerto, no para el puerto mismo, ni la ciudad o Estado que lo tiene, sino para otros distantes que buscan salida a sus productos.

¿Los especuladores de terrenos para edificios en las grandes ciudades, saben o pretenden saber para dónde se inclinará la población, pagando la tierra en proporción?

Esto sucede en París y Nueva York. Nueva York camina al norte: Buenos Aires se dirige al norte, que pueblan sus clases refinadas. Al sur no tienen alquiler las casas en ciertos puntos. El centro de los Estados Unidos marcha hacia el noroeste.

La población de Buenos Aires va hacia el norte y el este. Belgrano, San Fernando, Conchas, Arrecifes, Moreno, Luján, Mercedes, Chivilcoy. A la Ensenada ni hacia ese lado ha podido llevarla el ferrocarril, ni la tentativa de Rivadavia de trazarle calzadas; y sin el saladero de Cambaceres habría permanecido desierto siempre.

¿Para qué dar coces, contra el agujón? Estas son leyes como las del cálculo de las probabilidades.

El puerto no será puerto, porque no se va por ahí a ninguna parte, si no a esta ciudad de Buenos Aires; y la capital de Tolosa será una fruta pasmada, o un niño atrofiado desde su nacimiento.

El pensamiento dominante en el proyecto de capital marítima, es crear una NACIÓN, en lugar de dar cabecera a una Provincia.

III

CAPITALES IRRADIANTES

Ningún gobierno moderno ha formado o escogido capitales para hacer grandes ciudades.

Las ciudades grandes existían y las dejaron donde se estaban.

Otras grandes ciudades han surgido donde nadie se imaginaba; y las aldeas capitales administrativas, si han llegado a ser ciudades es porque el país se mueve, se enriquece y las arrastra en su movimiento.

La mitad de los actuales habitantes de Washington es gente de color, refugiada desde antes de la emancipación. En Madrid a más de los nobles que de los diversos reinos establecieron allí su residencia de corte, hay el influjo anual de españoles ricos que regresan de las Américas, o de la Habana, y dan vida al comercio con sus caudales, - sin éste habría sido siempre la Real Villa.

El proyecto de la Ensenada presiente que no ha de tener capitalistas, ni movimiento propio, pues ya presupuesta un millón para regalar ladrillos a los que se fabriquen una casa. No hacemos la parodia de concepciones desgraciadas, aunque se crean hijas de la buena intención. No se han hecho Megalópolis después de la que Pompeyo que llamó así a una ciudad de su nombre.

No se sabe donde estuvo la gran ciudad de su hechura. Cuando maduran las ciudades, se busca en el clima, la hidrografía, o la historia geográfica comercial, el origen de su grandeza.

Pero queremos señalar la causa del error, involuntario, a fin de apartarlo. Estamos convencidos que la mayor parte de los Senadores y Diputados se persuaden de que están convencidos ellos mismos de la practicabilidad y trascendencia de la capital proyectada.

No les hará impresión saber que Versailles fue una grande, suntuosa, monumental metrópoli de la Francia durante casi un siglo con los fastuosos reinados de los Luíses XIV, XV y XVI; pero que París se absorbió la capital desde que tuvo asamblea y aspiró la Nación a la libertad. El Escorial cerca de Madrid era una capital administrativa: hoy es un sepulcro como una de las Pirámides de Egipto. Versailles y el Escorial fueron simples errores de reyes, como es hoy error de un hombre, acaso de un círculo, nos importaría poco creer que es de una época, la capital con puerto en la Ensenada.

Son los vecinos de una gran ciudad y puerto marítimo los que al desprender una capital para la provincia, hacen una Buenos Aires en miniatura con su puertecito y su catedral, su marina, su clero y su casa de huérfanos (para cuando abunde artículo.) La nueva

capital ha de estar como los que la inventan, viendo al Río, atrayendo las naves, siendo centro de cultura, esperando a Sarah Bernhardt. Ciudad no como quiera con civilización aparte, con prescindencia y supresión del tronco, la gran ciudad, que ya no civilizará, no reunirá todas las fuerzas activas, y la cultura heredada, para irradiarla en torno suyo, con la que recibe de afuera y la transforma.

¿No sabrán mejor los habitantes actuales de la Provincia donde les aprieta el zapato; que los señores de la capital que no se separarán de sus hermanos de la antigua Provincia, sin confeccionarles una capitalita, hecha por el modelo de la nacionalizada de Buenos Aires, como la buena madre hace el ajuar de la nueva familia que va a fundar su hijo?

Esta es otra de las preocupaciones de espíritu que obran irresistiblemente para determinar nuestra voluntad. Buenos Aires fue una gran ciudad frente al Río, y una campaña poblada de estancias al interior. Los dueños de las estancias eran los ricos vecinos de la ciudad. La campaña ha permanecido en el lenguaje, como en la idea que representa un campo de estancia aún después que existen ciudades y villas en número ya de setenta. Hasta ahora poco la campaña estaba representada en Cámaras y Congresos por los residentes en Buenos Aires solamente, y habría parecido ridículo y nos parece todavía, que se agregase a la ley electoral cuando Buenos Aires era capital de la Provincia, la cláusula que tienen las constituciones norteamericanas, exigiendo que el Diputado resida en la circunscripción electoral que lo elije. ¡Qué gracia habría sido para nuestros dandis, nuestros gomosos, ver llegar a los hoteles y pasearse asombrados por las calles representantes, verdaderos representantes de Navarro, del Azul, de Pergamino, nacidos y criados en el Pergamino, Azul, Navarro! ¡Cuántos dichos picantes! ¡Cuántas historietas inventadas cuanto los guarangos, etc.!

Por más que no se aperciban de ello nuestros legisladores obedecen todavía a la asociación de ideas de ciudad y campaña! Los de la campaña eran al principio los capataces de nuestras estancias, después los lugareños, aldeanos campesinos, etc. Todavía somos sus tutores; y estando seguros de que aquellas buenas gentes no se las habrán visto más gordas, que cuando les dan a hacer una capital, nosotros conocedores de la cosa - ¿no ven Uds. esta magnífica ciudad que hemos hecho nosotros? Nos encargamos de hacerles una capital á nuestra imagen y semejanza, con puerto, bancos (crecientes de arena) y suntuosos edificios antes que haya población.

IV

MÁS SABE EL LOCO EN SU CASA

Desgraciadamente, reconociendo que los residentes en la capital tenemos la ciencia infusa que revelan nuestras instituciones, y que en aquellas ciudades, que juntas ya tienen tanta o más población que ésta, no haya tantos ingenios, ni gente instruida, salvo algunos médicos y doctores, y un paisano de Mercedes, Florentino Ameghino, que nadie conoce, y es el único sabio argentino según el sentido especial dado a la clasificación, que reconoce Europa, debe tenerse en cuenta, como una cantidad o un ingrediente atendible que aquella campaña que fue nuestra, es hoy la muy noble, la muy independiente, y muy separada Provincia de Buenos Aires, que se propone gobernarse mal, como se gobierna pésimamente la República, por sus propios hombres y su propia voluntad. Que al darse sus propios habitantes una capital desearán erigirla según sus propias conveniencias, o la idea errónea pero propia que tengan de ellas.

Que como ellos han de pagar los costos, debe ser su Legislatura provincial electa después de darse una constitución por sus propios habitantes, y no por los habitantes y residentes en la ciudad de Buenos Aires, que ha asumido carácter más alto, y es capital de la nación argentina.

Que darles una capital decretada, con la autorización de invertir cuarenta y aunque no fuera sino veinte millones de fuertes, faltándole al cálculo de recursos de la nueva provincia, la mitad del cálculo de recursos de la antigua, por quedarle a esta los valores imponderables de la poderosa ciudad de Buenos Aires, no puede preveer a qué abismo insondable, con la bancarrota al fondo, llevaría a la nueva Provincia, el legado de deudas que le deja la antigua; y la nueva de treinta o más millones que le impone la voluntad y elección propia de los Señores residentes de Buenos Aires que no han de pagarlos, y que quieren dotarnos de un puerto artificial y de una capital emporio de comercio para estarle arrebatando los ricos bocados de la boca a su madre.

V

LA VOTACIÓN EN CONVENCION

Nos pondríamos en contradicción con nosotros mismos, si intentásemos designar a los ciudadanos de la nueva Provincia de Buenos Aires o a la CONVENCION de sus legítimos Delegados al efecto, el local más conveniente para la capital futura. Deseáramos que para designarla se tuviese mayor consideración a las instituciones, ya que a los habitantes se les acuerda tan poca.

Queremos suponer que en Chivilcoy o Mercedes, se reúne una Convención de Delegados para determinar el local de la Capital. Buenos Aires Capital de la Nación, es territorio extraño a la actual Provincia de Buenos Aires, y adolecerán del vicio de nulidad todos los actos que en materias de orden interno de esta, fuesen sancionados, como son nulas las sentencias que diere un Juez fuera de su jurisdicción. Este es punto fijado y costó a Jacobo II la pérdida de su reino.

En una provincia tan ilustrada como Buenos Aires, donde residen mil abogados, doscientos jueces, tiene cincuenta diarios y andan por las calles las máximas del derecho, no hay una persona a quien se le oculten estas triviales verdades. Hasta los reos las saben, para su defensa - el fuero de la causa.

Pero los nombres propios y el hábito causan estos mirajes, y estas alucinaciones.

Como Buenos Aires era antes una sola Provincia; como ahora hay en el hecho, dos Buenos Aires, una ciudad y otra Provincia, el hábito de considerarla una, nos hace indiferentes a las violaciones de toda ley, de todo principio que estamos practicando. Lo mismo es Chana que Juana y mañana la Capital Buenos Aires dictará una Constitución a la Provincia Buenos Aires - ¿por qué no? - sin que a nadie le repugne la idea de que una Legislación reunida en San Juan, esté dictando una Constitución para Mendoza, o para el Chaco, cuando se declare Provincia.

¿Por qué no se va la Legislatura de la provincia de Buenos Aires a dictar leyes para la provincia de Buenos Aires al territorio de su jurisdicción, a pisar el suelo sagrado de la Patria, a San José de Flores siquiera, donde hay un teatro que se adapta a Palacio de la Asamblea, vecindario, edificios, y un Templo para pedir a Dios los ilumine, al lanzar a un pueblo en las aventuras de pagar las consecuencias de la precipitación y falta de derecho de los que hoy legislan?

VI

LA CAPITAL VERDADERA

Sin pretender señalar una capital para la Provincia, diremos las razones que habrán de hacerse valer en una Convención de Delegados de todos los partidos que la componen.

Creemos que se propondrán tantas capitales, como partidos haya; pero como sólo una ha de prevalecer, no hay que alarmarse, más que de opinión, de intereses. Hemos presenciado una elección repetida, cincuenta y cuatro veces en un Congreso de trescientos Delegados, en dos días de votar. El cónclave de los Cardenales se encierra, con las puertas tapiadas, a elegir un Papa, y a veces

dura un mes o más el alumbramiento, hasta que el Herald, pueda salir y anunciar ¡PAPAM HABAMUS!

No nos riamos de las dificultades y torpezas de los pobres paisanos según nuestra manera de ver gente sabia. Dejémosles la libertad de errar, como en las otras Provincias, pues han descendido sus habitantes a provincianos simplemente, y es de nuestra parte una grosería y una usurpación y entrometimiento estarles dotando de capital, de catedrales, de palacios, de puertos, para que ellos los paguen y nosotros nos sentemos en ellos.

Creemos adivinar lo que diría cada partido que en la Convención se formase, a favor de esta u la otra capital. Tomando el censo en la mano, encontraría que hay cuatro o cinco fuertes aglomeraciones de población en la campaña. ¿La ciudad más poblada será la capital? Entonces es San Nicolás, con puerto gratis, y lejos de Buenos Aires para que no la sofoque antes de nacer. En cuanto a puertos, San Fernando, y de preferencia los Olivos lo ofrecen gratis. Entre la Ensenada y los Olivos no hay comparación.

En Arrecifes se ha reunido grande población sin que sepamos por qué. Se agrega a esta categoría. Mercedes, aunque muy vecino de Buenos Aires, reúne población, cultura y otras cualidades; el arranque de ferrocarril de los Andes que irá a empalmarse con el central en Mercedes de San Luis, y el Central le traerá las vías del norte y del este. Los que buscan el desarrollo de una ciudad comercial, se reunirán en torno de esta idea, que puede también aplicarse a Luján con el ferrocarril de las Flores, hacia el sur de la Provincia y el del Oeste al Bragado. Queda aún la facción que sostendrá la capital al sur.

El Azul se ha desarrollado prodigiosamente en sólo seis u ocho años, alcanzando y dominando a todos los partidos antiguos. El Gobernador Rocha no sale de ahí, va y vuelve, lo que prueba que le gusta admirablemente. Debe en efecto haber en aquella región nuevos elementos de desarrollo y riqueza. El Azul era el término del ferrocarril y será luego el punto central del que continua hasta Bahía Blanca. Al Azul afluirán los habitantes de los territorios nacionales que se poblarán hasta tocar con Chile. De la provincia nueva a ese lado la parte de más desarrollo. El Azul será más tarde el centro de la provincia. Las colonias rusas le preparan productos agrícolas. Las canteras del Tandil, mármoles baratos y bellísimos para sus catedrales, empedrado y Casa Amarilla, o chocolate, o negra, pues tiene piedra de sillería de tan variados colores, a su elección, en lugar de la Tuerta Rosada que deja en Buenos Aires.

Hay pues, en que escoger al sur o al norte, o al centro – en las encrucijadas de los ferrocarriles, o en las más grandes poblaciones; pero que ellos elijan. No trataremos a la nueva Provincia como a un troupeau, como fue considerada la campaña antes, la residencia de nuestros capataces, terreno de pastoreo.

Somos en esto más bonaerenses que porteños. El nombre de la provincia de Buenos Aires figura en nuestra historia gloriosamente, y aunque la capital le falte, por honor a su rango, debe quedar emancipada, confiada a sus propias fuerzas intelectuales, morales y rentísticas, sin legarle deudas con puertos quiméricos.

CONVENCIÓN DE DELEGADOS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

(¿REUNIDA EN CHIVILCOY?)

I

Para determinar la capital de la Provincia, y darse una constitución, nombrando Diputados por los partidos que la componen, por el doble de los que les corresponde según el número de habitantes, que da el nuevo censo.

El Senado que fue de la antigua provincia de Buenos Aires, incorporado íntegramente en la nueva, cuyos habitantes no eligieron la mitad de ellos, han declarado una capital, decretado el gasto de sumas enormes, y se preparan para dar una Constitución a la nueva provincia, inconsultos sus habitantes, para hacerla en Buenos Aires, por los ciudadanos del Buenos Aires Nacional, prorrogados Senadores del Buenos Aires provincial, que han quedado fuera de su territorio.

En toda otra circunstancia, los señores a quienes una ley dictada al efecto les prorrogó su mandato, no habrían aceptado misión que no les corresponde de derecho, y que ve ejercerse sobre otro pueblo, dotándolo de una capital por ejemplo, pero echando sobre hombros ajenos el peso de un gasto, inaudito por su enormidad en esta América, de treinta o cuarenta millones de fuertes. Los que componen el Senado no debieron aceptar el encargo de imponer tan enorme contribución, autorizar empréstitos, etc., porque es privilegio de la Cámara de los Representantes imponer contribuciones y ordenar los gastos.

El Senado puede por deferencia y tolerancia tomar la iniciativa en gastos corrientes; pero la Cámara de los Comunes declaró violación de sus privilegios, que la de los Lorens discutiese mociones sobre impuestos y todo lo que es financiero antes que la Cámara lo proponga.

La Constitución nuestra nacional consigna en general el principio: "A la Cámara de Diputados corresponde exclusivamente la iniciativa de las leyes sobre contribuciones", y sería muy curioso alegar que el Senado puede votar la inversión de treinta millones de duros, y que la Cámara vote los empréstitos o las rentas que han de cubrirlos.

No entraremos en discusión sobre este punto; pero si diremos que dada la situación de gran número de Senadores, prorrogados para la provincia que ha de pagar las sumas que votan, habrá algunos, estamos seguros, que duden un poco de su capacidad legal de echar sobre si la responsabilidad de tan enormes inversiones.

El proyecto de ley de Capital estamos informados, fue presentado a las dos Cámaras a un tiempo, con la singularidad de mandarle al Senado los documentos, informes y piezas justificativas de la preferencia dada a una localidad, negándose a la Cámara de Representantes, o descuidando enviarle papel ninguno, no obstante pedirlo con instancia la Comisión de la Cámara, que estaba encargada de estudiar la cuestión, como le correspondía de derecho. Reunióse una vez, llamóse al Ministro, y sin haber visto documento alguno, antes de que el Senado tomase en consideración el asunto, el Ministro obtuvo un voto de confianza en los estudios y buenas razones que había tenido el Ejecutivo para recomendarlo, y se votó la Ensenada casi por unanimidad.

Entonces pudo el Ejecutivo o sus parciales asegurar a los miembros vacilantes del Senado, (eran nueve), que ya estaba asegurada la votación en la Cámara y con esta aserción casi verdadera, fijar el voto y reunir la mayoría.

Ahora se hace la misma maniobra con los representantes. ¿No ven ustedes que hay una mayoría de más de cuatro quintos en el Senado? Es inútil deliberar y oír razones. ¡Ya está todo hecho!

Pero el Senado no debió continuar, por leyes nuevas para la nueva provincia, en la integridad de la antigua representación del Integro Buenos Aires.

Pero el Senado no debió sancionar gastos extraordinarios de millones, porque usurpan sus miembros facultades que sólo pertenecen a la Cámara. Por tanto es ilegal el procedimiento.

Pero el Senado no ha podido recibir al mismo tiempo que la Cámara, el proyecto porque así se violan las formas del gobierno representativo, como el que hace trampa en el juego o está viendo las cartas del contrario. Una Cámara antes de sancionar un proyecto ignora lo que sucede en la otra.

Tememos que el Poder Ejecutivo que tan ejecutivo se muestra en este asunto, haga andar a vapor a la Cámara de Representantes, en el despacho de esta ley, en que van comprometidos millones de duros por decenas, y que la Cámara seducida por apariencias se apreste a confirmar el ya asegurado fallo aunque impropiamente anticipado del Senado.

¿Qué da la ley sancionada? Una capital a construir en Tolosa o terrenos allí vecinos. Luego no hay necesidad de precipitarse por ganar quince días, ni taparse los Representantes con cera los oídos, para no oír reflexiones. Aunque la Comisión tuviese su aprobación votada, antes de que le viniese del Senado votado el proyecto, puede andarse con pies de plomo, para someter a debate su informe.

No se improvisan puertos, Cartagos, ni aún aldeas en meses. Los Nemrod, constructores de ciudades andan escasos: de manera que siempre ha de haber tiempo para suspender los trabajos, aunque se hayan tirado a la calle uno o dos millones antes de reconocido el error.

Deseamos que se diese tiempo a la opinión pública para examinar cuestión tan grave. Acaso convendría que de algún modo fuese consultada la opinión de la provincia a quien van a regalarle un corte de capital, salvo pasarle la cuenta de los sendos millones que le costará. Quizás las buenas gentes aquellas, gustarían de una capital más adentro, más al alcance de los habitantes, que esta que va a ponerse al lado de la vieja Buenos Aires, como los Estados Unidos a su madre Inglaterra, para arrebatarle el dominio de los mares.

II

¿Puede construirse un puerto en la Ensenada?

Nada es imposible hoy a las fuerzas dinámicas. La cuestión es saber si el puerto aprovechará a la nueva capital, y no será para mayor engrandecimiento comercial de Buenos Aires.

¿Puede construirse la suntuosa ciudad, aún dándole el beneficio del tiempo, que sueña el mensaje del Poder Ejecutivo, centro de comercio y de civilización de la provincia en la capital Tolosa?

La dificultad estaría en reunir habitantes, sino se hace de ella un presidio.

Todo el mundo marcha, sin darse cuenta de ello, a la aglomeración de gentes en los viejos centros comerciales. Se despueblan las provincias, los condados, las campañas en Inglaterra y Francia, y engrosan las ya grandes e inauditas aglomeraciones humanas. Unos cuantos ejemplos recientes, vivos, actuales, llevarán la duda a ciertos espíritus, la duda siquiera para no precipitarse. Vaya un dato estadístico: "No es la Francia la que crece rápidamente, sino París. Los franceses están emigrando a París. Conforme el censo de 1881 la población de la ciudad es de 2.295.000 habitantes, mientras que en 1876 sólo tenía 1.988.806 habiendo aumentado en cinco años más, 306.000 (trescientos seis mil) habitantes", cifra a que no ha llegado Buenos Aires en tres siglos, no obstante que ahora se aglomera la población con más celeridad. Saint Denis, Sceaux, a los alrededores de París han adquirido en cuatro años cerca de 100.000 habitantes más, como aquí aumentan Barracas, San José de Flores y Belgrano, que son dependencias de la ciudad de Buenos Aires y las absorberá bien pronto.

No hablaremos de Nueva York, ciudad, comercial y no capital, que se absorbe las poblaciones vecinas y tiene un millón más de habitantes separados por canales en los suburbios de Brookling y Nueva Jersey.

Las plantas chicas no se desenvuelven a la sombra de los grandes árboles. Buenos Aires, la grande Buenos Aires, le sustraerá savia a Tolosa, que tendrá casas desiertas como ciudad abandonada en castigo de haber concebido el audaz pensamiento de llevarse al Buenos Aires histórico, a los pantanos de la Ensenada o a las alturas de las hermanas.

No hay centros de comercio y civilización con dos cabezas como el águila heráldico. No se decretan traspasos.

Sólo el cambio de las rutas de comercio muda de un lugar a otro los centros de intercambio. Eso fueron Tiro y Alejandría. No tenemos el Alejandro. Venecia tiene millares de nobles palacios que sirven de hoteles, almacenes y hospitales. Fáltóle de repente con la vuelta del Cabo de Hornos, la vida, y para que Tolosa fuese algo un día, era preciso que al viajero que visitase estas playas, un cicerone le dijese por el sitio de la antigua Buenos Aires, "estas que ves ruinas, oh Favio, fue Itálica bella", o como Volney visitando Palmira al caer de la tarde exclamase: "aquí un pueblo laborioso cambiaba las piedras preciosas de Oriente por el oro de Ophir".

No exageremos. Tolosa no será nada, porque se pone cerca de Buenos Aires. Los diputados irán por las mañanas en ferrocarril, y como sólo cada dos días se reúnen, por cuatro meses, regresarán a Buenos Aires a la ópera; Versailles fue declarada capital de Francia, sus monumentos, sus palacios, sus glorias, sus bellas artes, sus juegos de agua, sus jardines habrían honrado a Roma, dejando muy atrás a las Termas de Caracalla de Nerón o a la casa dorada, tal fue el fausto del gran rey y de la Corte, que era la nobleza de Francia cautiva.

La perrera, (en que hemos tenido el honor de residir), encerraba cinco escuelas, de ellas una normal, y daba alojamiento por su capacidad al despacho de un ministerio. Dos horas del más bello viaje separan a París de Versailles. Necesitaban salvar a la Asamblea de la presión de los artesanos, demócratas, socialistas, rojos, republicanos de París. ¡Imposible! París perturbaba con la vista de las cúpulas los debates de la Asamblea, hasta que se decretó la vuelta de París. El legislador es impotente contra estas atracciones.

III

UN EMPORIO

¿Cuéntase con la transformación que obrará el puerto de la Ensenada?

Buenos Aires es el emporio del comercio entre la Europa y este extremo de la América, como Nueva York lo es al otro lado.

Buenos Aires, tiene varios puertos, a cual más malos, como las bocas del Nilo, San Fernando, Santa Catalina, Barracas, la Ensenada. ¿Cuál será preferible en adelante? El que mayores condiciones reúna, pero para Buenos Aires; aunque ganen en ello los porteños de cada puerto. En vísperas estamos de tener puertos con cien pies de profundidad en balizas interiores, yendo a buscar las naves con trabajos menos costosos que los ferrocarriles elevados de Nueva York, el puente colgado de Brookling, aún los pequeños istmos, o los túneles que se intenta abrir entre Francia e Italia, a través de los Alpes. Pero estos gastos pueden hacerse en frente de Buenos Aires, porque hay detrás un emporio que responda de ellos, pero no se pueden hacer en la Ensenada, porque, sino es para la ciudad de Buenos Aires, para nadie ha de servir, ni con derechos diferenciales. Las lanchas de desembarco miden hoy cuatrocientas y seiscientas toneladas, y los vapores actualmente en construcción para el Atlántico 6.000. En veinte y un pies no ancla un vapor dentro de seis años, pues a la menor cabezada, tocará fondo; y a la Ensenada no irá vapor de 5.000 toneladas con carga para el sur de la provincia, ni para proveer directamente a las pulperías futuras de Tolosa.

Luego la ciudad capital ha de ser donde no sea necesario gastar previamente diez millones de duros en puerto, dos en cegar pantanos y levantar calzadas, otro en aguas corrientes, un millón para habilitar ciudadanos vergonzantes o empleados condenados a veinte años de servicio para optar al retiro.

La razón de estos programas está en las tradiciones locales. Como la Legislatura actual está fuertemente saturada de bonaerenses puros, ninguno de ellos concibe capital sin puerto, como Berlín, Filadelfia, Dublín, Harrisburg y ciento que sería fácil nombrar, siendo lo contrario la excepción, ni capital sin ciudad grande como París y Londres.

Estas capitales las ha creado, sin embargo, el comercio, las encrucijadas que hacen los caminos, etc., y seguirán desenvolviéndose

en el despacho de los gobiernos.

Las ciudades creadas ex profeso para capitales han sido colocadas en lugares como Washington donde no pueda desenvolverse una gran ciudad; o escogiendo el centro del país como Madrid, cuando los reyes de Aragón, Castilla conquistaban Granada, abandonando a la bella y galante Sevilla; o bien como las capitales de provincia, o estados norteamericanos, que dejaron en poder de sus municipalidades, grandes ciudades como las de Filadelfia, que hoy tiene 880.000 habitantes, para llevar la administración a Harrisburg pequeña aldea entonces; Nueva York el centro de comercio, el punto de desembarque, de medio millón de emigrados el local de la Bolsa, el centro de la prensa que gobierna a los Estados Unidos, para llevar las Cámaras y el gobierno yorquino a Albany que está ciento veinte millas adentro del país.

Con el propósito de abrir otros horizontes a nuestros legisladores publicamos sin comentarios, el preámbulo de una ley de reconocimiento de un nuevo Estado, dada por el Congreso Norte Americano.

IV

UNA CONVENCION

"Por cuanto el pueblo que habita la población de Virginia del Oeste, por una Convención reunida en la ciudad de Wheeling el 25 de noviembre de 1861, se dio una Constitución con el propósito de ser un Estado separado e independiente y por cuanto en la última elección practicada, dicha Constitución fue adoptada y aprobada en los partidos que componen el territorio sobredicho, por los votantes calificados del propuesto Estado; y por cuanto: "La Legislatura de Virginia por una ley sancionada el 13 de mayo de 1862, dio su consentimiento a la formación de un nuevo Estado dentro de dicho Estado de Virginia para ser llamado Virginia Occidental, y abrazar los siguientes partidos, a saber ... (como si dijéramos San José de Flores) etc. Hancock, Brooke, Ohio, etc. (cuarenta y ocho en número), y por cuanto, tanto la Convención como la Legislatura han petitionado que el nuevo Estado sea admitido en la Unión, y siendo republicano en la forma, la Constitución sobredicha, el Congreso debe dar su asentimiento para que los dichos cuarenta y ocho partidos, sean formados en un Estado independiente, separado, etc." CONSTITUCIÓN DE LA VIRGINIA OCCIDENTAL

.....
"Sección 2ª - El territorio de los siguientes Partidos, que antes eran parte de la República de Virginia formarán y constituirán el estado de Virginia Occidental. (Siguen los nombres de los 48 partidos).

"Sección 2ª - Los poderes de gobierno residen en los ciudadanos del Estado, y sólo pueden ser ejercidos por su voluntad y nombramiento.

"Sección 3ª - Toda persona que resida en este Estado, nacido ó naturalizado en los Estados Unidos, y sugeto á su jurisdicción, será ciudadano de este Estado.

"Sección 4ª - Cada ciudadano tendrá derecho á igual representación en el gobierno, y en toda asignación de representación, será consultado en cuanto es posible la igualdad de números

"Ninguna distinción se hará entre extranjeros residentes, y ciudadanos, en cuanto a adquirir, tener propiedad ó testar ó disponer de ella.

"Sección 5ª - La Legislatura se reunirá en la Sede del Gobierno bianualmente, y no antes, á menos que sea convocada por el Gobernador.

"Sección 20 - La Sede del Gobierno estará en Charlestown, hasta que de otra manera se disponga por ley".

ANEXO II

Extraído de SARMIENTO, Domingo F.: Obras Completas, (2001). Universidad Nacional de la Matanza, San Justo. Vol. XLII: 163-169. Publicado originalmente en "El Debate", Buenos Aires, el 11 de noviembre de 1885.

LA PLATA

El Puerto de la Ensenada, al Sur de Buenos Aires y más allá del territorio que se les asignó a los indios quilmes, trasladados de sus antiguos paraderos, ha figurado en nuestra historia como punto de desembarco de los ingleses con el general Whitelock o como estadia de nuestra escuadra durante la guerra del Brasil, siendo el depósito de los cargamentos de negros que nuestros corsarios tomaban al enemigo. Llamábase el Camino Blanco la calzada de dos leguas, mandada construir por Rivadavia, para aproximar por allí los buques de guerra a recibir cargamento para la ciudad, bloqueada de ordinario por la escuadra brasileña. Poco ha cambiado desde entonces aquel bajo desnudo de vegetación, si no es que en la parte alta se divisa un bosque negro como pintado con tinta y más lejos un villorrio que quiso llamarse Tolosa, y fue a poco a servir de arrabal, puerto seco, pues no hay portezuelo alguno que le sirva de portada por el lado de tierra.

Solía el pintor Goya divertirse en arrojar con violencia un puñado de colores sobre la muralla, y tomar por base aquella informe mancha multicolor para hacer aparecer mediante las pinceladas del genio un mundo de seres que estaban como ocultos detrás de aquellas masas de tintes.

Algo parecido ha ocurrido en aquellos lugares, un poco más de un año, haciéndose de aquellos ciénagos, de aquellos bosques y de aquella aldea una ciudad como Búfalo, un puerto como el Puerto de Said en el istmo de Suez, pues ambos son el extremo de grandes canales navegables, y parques, alamedas y jardines botánicos, como las ciudades norteamericanas que tienen algunos años, sin ser muchos de existencia.

A los que hayan recorrido el mundo vivo diremos, porque hay regiones y continentes que, como viejas encinas, no echan ramas en torno de sus nudosos troncos. La Europa entera está como congelada, sin que se altere el mapa con nuevas ciudades. La España decae visiblemente: temblores e inundaciones como azote de la mano de Dios, muestra que debe ser España el pueblo más pecador e incrédulo; pues con los impíos se hace sentir la mano de Dios.

En África, Argel ha puesto de pie estatuas y circos romanos en varios puntos recientemente poblados; pero de las trescientas sesenta ciudades episcopales, han despertado cuatro o cinco de su letargo al contacto del arado moderno. El Asia se mantiene inerte, fatídica, esperando que el sopro vivificador que ya llega al Japón, como brisa que roza las quietas olas del mar en calma, agite a la India de los brahmas, o con la bandera francesa introduzca en el Tong-King la vida que ha abandonado a los soberbios palacios del Cambodge. Todo el mundo antiguo está empedernido, y cuanto más las campañas son atraídas por el imán de la industria a las ciudades, para engrosar el ejército de salvación del socialismo. En el Pacífico, en las colonias del habeas corpus, y de la Magna Carta se rebulle y se agita la vida y se improvisan ciudades como Victoria, Melbourne, nacidas ayer y ya cabeza de repúblicas. Los Estados Unidos han creado un tipo que oponer a John Bull su adversario, y es un paisanote robusto, de índole bonachona y ojos maliciosos, con calzones listados de colorados, pero sí, bien anchos, demasiado cortos, como los niños grandulones y pobres que crecen demasiado a prisa para que las mangas de la chupa o las piernas del calzón no les queden atrás a una legua. Esos son los Estados Unidos, sin embargo: un mocetón con la sonrisa en los labios, y los puños formidos y endurecidos al trabajo; que siempre le quedan cortas las piernas de los calzones y las mangas de la chapona. Tenía treinta millones en el pasado censo, cuenta cincuenta en el segundo. Las ciudades deben crecer como hongos para ofrecerles techo a las cinco mil almas nuevas que cada noche del año se encuentran en la calle.

Pero sale el viajero de aquella zona ancha que toca los dos océanos por San Francisco de California y Nueva York y cesa aquella vegetación de ciudades. México es el mismo México de antes, con veinte ciudades estereotipadas, sin los encantos de la leyenda con sus rancharos que ganan a nuestros gauchos en extravagancia de perendengues y cribaos y chorreras de botones. Porfirio Díaz lleva en su enorme sombrero de majo azteca un cintillo de brillantes: ¡ai es náa la gauchada! ¡Así anda ello por México! Bancarrota y militarejos a la vuelta de cada esquina, sino en la encrucijada de los caminos. En el Istmo (pasemos por las cinco republiquetas centrales, con el pañuelo en las narices); en el Istmo Aspinval o Colón, un puerto, Lesseps está, es verdad, horadando montañas, horadando tierras con palas de siete toneladas, como se dice de aquellas botas de siete leguas de la leyenda. Sin eso Colombia invadiría al Ecuador para asegurar el recto uso de la x en experiencia, en texto, en auxilio, que los bárbaros de por acá suprimen; como Venezuela tiene agitado al mundo con Blanco Guzmán a la cabeza, por saber si San Martín no es un mito inventado por los chilenos. Un argumento no ha hecho el señor Lamas contra la supremacía histórica de Bolívar, y es que la sostiene Blanco Guzmán, el Grande Americano, sucesor de Bolívar. ¡Ahí está el secreto!

San Martín desapareció de la escena americana al salir de la conferencia de Guayaquil. Quedaban Luis Napoleón y Guzmán Blanco, puede ser que les agregue Julio Argentino para representar a Napoleón, a Bolívar, a San Martín, sobre todo en la abnegación

...

Démonos prisa a llegar a nuestros pagos. Valparaíso se ha dado el lujo de darse tres calles, robándole al mar el fondo que un descuido le dejó ver. Son soberbias y pare usted de contar. Lo demás, hasta en la magnificencia de los edificios públicos en Santiago, es América, es colonial. ¿No andan acaso los dandys con poncho a caballo, y montura recortada y espuelas con rodajas arrancadas a la maquinaria y las damas con envoltorios negros, que ya la moda embellece, pero que las separa de la especie humana y de la moda elegante? Ninguna ciudad nueva, y está dicho todo. Pasamos la cordillera y Mendoza revela al viajante que un tipo nuevo de sociedad, que otras ideas que las coloniales, empiezan a prevalecer. Mr. Gould, al ver las calles y plazas de Mendoza, se acordó de las ciudades sombreadas de la Nueva Inglaterra.

El Rosario es la primera ciudad improvisada a la yanqui, con el mismo espíritu mercantil y político, si bien es verdad que está enclavada en Santa Fe, la madre del caudillo. Ahora tenemos guerra de sucesión entre los príncipes herederos y acabarán por matarse tíos y sobrinos. Faites, Faites un Roy, como le decía Beranger a los franceses que tantos reyes han hecho y deshecho, sin acertar con la cosa. La "Esperanza" es la segunda ciudad de Santa Fe. Un ministro peruano recién llegado nos decía, "éste es el porvenir de que hablamos en el Pacífico como las aspiración de los espíritus", sin reparar que no hay porvenir posible con calles de doce varas de ancho, y gobierno como el que voici. Hablábamos de Buenos Aires. ¡No había visto La Plata! Ahí está el porvenir, tal como lo entiende un pueblo que fue virrey y tuvo que buscar a su actividad un asilo.

Cuando hemos visitado La Plata, por la tercera vez, dos ideas nos han salido al encuentro como a darnos la bienvenida. La primera se refiere al plan de la ciudad, y es que la educación del pueblo argentino ha hecho progresos inmensos en estos treinta años que van desde la caída de Rosas. Los pueblos se aferran a su modo de ser y a sus antecedentes. Toda la América española está inmóvil en sus formas antiguas, con una que otra adopción y adaptación moderna, son súbditos y vasallos, como compadritos que para andar aseados se mudan cuellos de camisa todos los días. Hace diez años nos afeitábamos cada dos días; veinte, a que jueves y domingo; y al principio de la revolución, tío Pedro, el barbero del convento de San Agustín, rasuraba a los ricos homes del

barrio. Recuerdo lo que era Buenos Aires en 1852, cuando teníamos a gala la calle del Empedrado, para mostrar al extranjero, y que se vendían duraznos de Quilmes a granel en carretas, y la mazamorra traqueada al trotar del caballo y anunciada por el conocido lechero que la proveía. Equipos militares, gorro de manga y chiripá; traje de ciudadano, el chaleco colorado del lacayo, y la cinta con el mueran y el vívan y el retrato. ¡Ah! Esa generación nos mata ahora en sus hijos, que traen las cualidades heredadas del cerebro atrofiado. Hemos tenido un sueño, una ilusión durante treinta años, de que íbamos a ser libres y que en la desgracia habíamos aprendido algo. ¡Ilusión! Cuando crecieron los niños de entonces, cuando entraron a la vida pública, o ejerciendo el poder, los unos se buscaron un caudillo que les diera nombre de liberales; los otros desde el ejército, pidiendo como en España la vuelta de Fernando VII, con simulacro de Constitución, abajo los afrancesados, ¡viva el Rey absoluto! Y en ese estamos, en criar el ¡Héroe del Desierto! ¡Oh!, la República Argentina no puede vivir sin Héroe del Desierto. Necesita el pueblo su muñeco horrible, pero eso es lo que lo divierte como a nuestros padres los españoles, los toros y los caballos destripados.

II

Volvamos a La Plata. ¿Se ha embriagado con opio alguno? ¡Pues yo sí, que todo lo he probado! Una sensación deliciosa de bienestar, en medio de una iluminación espléndida que no viene del sol pues no tienen sombra los cuerpos; sin duda que se dilata el espíritu, puesto que las calles angostas, tortuosas, los edificios de azotea, las calles pantanosas no proceden sino de la limitación de los tamaños, de la conciencia, en el sentido común. El teriaky ve ciudades con monumentos de una cuadra de alto como las pirámides de Egipto, y puentes gigantescos, como el de Brooklyn ahora construido por un teriaky.

Y bien, cuando me he paseado por las calles ya bulliciosas de La Plata, me he persuadido, no que yo haya bebido opio ese día pues no hice disparate ninguno, sino que todo allí, gobierno, pueblo, ingenieros, hacían la mañana con opio, y hacen todo desmesurado, colosal, como para un pueblo de gigantes. Comprendo al ver aquellos edificios en construcción, aquellas casas ya habitadas, que les están quitando los andamios como los hilvanos al vestido que estrenamos, la sorpresa de Dickens al desembarcar en Nueva York y ver niños jugando ya en la calle y aun algún chicuelo mamando prendido al seno de la madre. ¡Imposible! decía, que hayan nacido aquí, si no ha habido tiempo, tan lustrosas están las cerraduras, tan de fresco pintadas las puertas, tan sin acabar de rematarse los edificios; están en la vereda los cajones vacíos de los muebles recién armados.

La Plata ofrece este mismo espectáculo. Las minas de oro o de plata están presentando iguales, en lugares donde un año antes sólo cazadores habían penetrado en los Estados Unidos. Encuentran un filón del metal que excita el hambre, y en la noche los aventureros se han arreglado de modo que amanezca ardiendo el fuego en los hoteles; hay casas de remate, un metodista predica parado sobre el tronco de un árbol, hay posta y se están clavando los postes del telégrafo a la más próxima ciudad, a donde se piden casas hechas, y una iglesia que debe armarse para el domingo siguiente.

En La Plata vamos a tener catedral que deje atrás a la marmórea de Nueva York, construida (ocho millones) con oblaciones públicas, y una partida que daba la municipalidad, (el ring) de ladrones en cambio de los votos de los irlandeses. (No se enoje Mr. Mullhall que aquí los irlandeses no votan, porque son de Inglaterra.) "Para la patria y no para Portugal", como se enseñaba a los loritos en tiempo de la princesa Carlota.

¡Qué majestad la de los edificios públicos de La Plata! Este es su defecto, y acaso la herencia que traemos de nuestros antepasados, como aspiración; pero lo que nos muestra los progresos que la educación pública ha hecho en tan corto tiempo es que en todo se ha realizado cuanto se concibe de más acabado y reciente en la economía de las ciudades: luz eléctrica, calles anchas, boulevares, avenidas, diagonales, adoquinados, veredas de cuatro a diez varas; bosques que parecen seculares por lo sombríos, dan solaz, sombra y recreo a las puertas de la ciudad encantada; como monumentos, palacios para el Museo antropológico que ya es uno de los primeros del mundo, enriquecido con doscientas muestras de las razas americanas. Siéntese el visitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino, tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello. ¿De dónde sale el Lord Mayor con sus boulevares y sus amplias plazas? De Montevideo que inicia el movimiento sin ser el móvil de Chivilcoy, de Mendoza, de Palermo, de la prensa, de los viajes, y de la construcción de los tipos ideales, que se vienen formando y quebrando los moldes antiguos que nada de elásticos tienen la calle de la ley de Indias, en dameros, el cabildo y la cárcel en la plaza de armas, los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, la Merced, las Catalinas, etc., a una cuadra de distancia en todos los rumbos. Ahora la Escuela Superior y cuantas se puedan, destacadas como centinelas avanzadas para dar el ¡quién vive! a la barbarie; y la estación del ferrocarril, y el parque, etcétera.

Pero sucédenos en Buenos Aires lo que a la Inglaterra, que avanzando en su construcción política y asegurándose instituciones ha tenido que describir rodeos en torno de las más añejas que ya ocupaban el suelo, la dinastía real, reputada propietaria del suelo por la conquista, la nobleza, el sistema feudal, etc.

El habeas corpus ha crecido, no obstante tantas malas yerbas, la reyecía ha aceptado no gobernar, en cambio; y el Parlamento ha dado prodigios de la libertad humana difundida sobre la tierra sin conquistarla. ¿Qué va a hacer nuestro Lord Mayor, con esta sociedad envejecida en sus cimientos, como raigones de muelas, con sus cimientos, ignoran que deben ser como ciertos escenarios de teatro de tres pisos, debajo los subterráneos, los calabozos, el infierno, cuando queramos verlo en todo su horror de llamas azules y demonios cornudos, sobre la escena del mundo visible, y más arriba, entre nubes, la gloria formada de gasas, bambalinas y angelorum colgados de garfios?

Buenos Aires continuará siendo lo que es hoy con sus calles tubulares, un suplicio para los transeúntes, y no ha de sorprenderme ver reaparecer la mazorca. Pero denle espacio al espíritu moderno argentino, y os trazará como sobre el papel del ingeniero la ciudad futura, que está en todas las cabezas y aparecerá una Megalópolis, la ciudad magna bajo el plan que todos sabemos. Voyons! Un puerto excavado a máquina, flanqueado de docks y como lo construye un holandés de nota; es claro que si la Holanda contiene el mar que amenaza tragársela siempre, nosotros podemos traer a nuestros pies al Río de la Plata, y mandarle que nos trague en los canales de dos leguas que habrá de recorrer hasta la gran Portada del Parque, donde sus mansas aguas aguardarán sumisas que se reciba la carga de sus importadas mercaderías, que los retornos, esos van por vías separadas de las estaciones, que ya luchan en magnitud con las de Liverpool, a los ascensores y graneros de Chicago para reunir por siete ferrocarriles y por millones los quintales de lino, trigo, lanas, cueros y lo demás que se dirige a su embarcadero. Como se están demoliendo rocas por leguas en Nueva York para procurarse agua y en Panamá y la Puerta infernal para dar paso a las naves, esta obra de La Plata es un juego de niños, como aquellas torres y pirámides que hacemos de arena sirviendo el pie de molde para los abovedados techos. Los monumentos de La Plata están ya poblando y accidentando el horizonte, habitados unos, rematándose otros; pero de su conjunto, de las calles que disimulan su correcto empedrado bajo una capa de conchilla (¡que Dios haya la vista de los transeúntes!) de sus estaciones que repiten en doscientos metros de largo aunque en dos filas el Louvre de París, y de las líneas de palmeras de las calles y plazas, y del bosque sombrío que media entre el puerto y la ciudad, se produce una sensación única hoy en la tierra, sin la grandeza de los tamaños y de las distancias, con los detalles de los edificios públicos y privados entre los cuales no se encontraría una muralla vieja, un techo desvencijado, nada que no haya nacido ayer bajo plan y dirección.

Los palacios de los reyes suelen estar empujando las chozas miserables, y los grandes progresos realizados sólo sirven para mostrar las enormes deficiencias. Como si allegáramos la luz a rincones oscuros, húmedos y hediondos, donde se cobijan inmundas alimañas. Es hoy opinión recibida que el Egipto, con su pasmosa civilización, anterior a toda cultura humana, es sin embargo colonia de algún otro pueblo desconocido, prehistórico; porque la Pirámide más perfecta, más alta, más matemática es la primera que se ha ejecutado, siendo las otras casi degeneración de aquella. Sucedería lo mismo con La Plata si hubiéramos de contemplarla un siglo después. Todo en ella por sus perfecciones, sus formas, su necesidad, acusaría un pueblo anterior que vino al Río de la Plata, tomó tierra en la Ensenada internándose, fundó a Pérgamo como los troyanos al paso, o como Eneas la Roma, para poder verla en el Poliorama del Retiro. Aquello será también una vista de Poliorama.

¿Cuántos habitantes cuenta La Plata? La estadística da veintisiete mil. Antes de que se imprima habrá treinta mil ¡imposible! Todo lo que sucede aquí es imposible; pero así resulta del censo que se está levantando. Diga lo que quiera el censo, el Presidente, oído el informe de su bibliotecario, no ejecutó la ley del Congreso que mandaba crear un colegio nacional en La Plata, como en toda ciudad que se reputa, por no haber como mil habitantes, y no tenemos colegio nacional que tiene Jujuy con tres a cuatro mil habitantes y Rioja con cinco mil, San Luis cinco mil si los tiene; pero como es imposible que un Ejecutivo no ejecute una ley, cuando su oficio es ejecutar aun contra informe de bibliotecario, es imposible también que Jujuy tenga tres o cuatro mil habitantes y tenga Colegio, sin que se halla puesto veto al ítem del presupuesto. ¡Doblemos la hoja! La Plata está dominada de un espíritu hostil, que impide que el Presidente venga y vea por sus propios ojos. El bibliotecario consultó naturalmente el censo de 1869 y encontró Ensenada con 575 habitantes y dándole de barato Tolosa, y lo que habrá andado desde entonces, el bibliotecario cumplió con un deber estricto de bibliotecario, que cita el texto y la página de un libro a su custodia y no va a visitar aldeas en construcción, lo que no entra en sus funciones. El Presidente no necesita saber geografía instantánea, a la minute como dicen los franceses, o la minuta como dicen los fabricantes de tarjetas o de reputaciones oficiales.

Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ver lo que somos, y poder conjeturar lo que seremos cuando se acaben de derrochar las tierras públicas, ya que no podemos derrocarlas, dudaba de la fuerza vegetativa y de los progresos morales y sociales que hacemos, para salir del modelo colonial que en La Plata ha sido dejado, para inventar habitantes con moradas modernas.

